

REACTIVACION Y EMPLEO

Salomón Kalmanovitz

El discurso presidencial de mayor de 1983 despertó las ilusiones del pueblo colombiano. Su presidente les contó que lo peor de la recesión había pasado. No tenía más que buenas noticias que dar sobre el curso de la economía nacional: recuperación del mercado interior para la industria nacional, reactivación de la agricultura, aumento de las colocaciones del crédito de fomento, democratización de las sociedades anónimas y auge de las obras públicas y, en especial, del programa de vivienda sin cuota inicial. Anunció también el presidente Betancur la puesta en cintura de los grupos financieros, denunció su egoísmo y les exigió una vez más la baja de los tipos de interés.

Sin embargo, no es tan evidente que la recesión haya tocado fondo hasta el momento. Hay recuperación en algunos sectores de la industria pero dista todavía bastante de envolver a toda la actividad industrial. Las cifras sobre desempleo revelaron un aumento nacional de 10.8% en marzo a 12.2% en junio, con guarismos extraordinarios en Medellín (18.3%) y Barranquilla (15.3%). La agricultura parece estar un poco mejor después de haber recibido precios tan altos por sus escasos productos, pero la ganadería sigue sumida en una situación de postración. Es cierto que la reactivación de la economía norteamericana ha contribuido a aumentar los precios de algunas materias primas (algodón, banano y posiblemente azúcar, entre otros) y a detener el descenso de los precios en el resto de productos, en especial los del café,

augurando al mismo tiempo el crecimiento de nuestras exportaciones manufactureras a mediano plazo. No obstante, las tasas de interés en Estados Unidos tienen una tendencia alcista y existen pronósticos reservados sobre el curso de su incipiente reactivación que bien puede ser estrangulada por el dinero caro.

Los elementos institucionales de reordenamiento financiero y tributario han contribuido bastante a cambiar las expectativas y a atizar tenientemente la reactivación. Se han establecido finalmente las reglas de juego mínimas para la intermediación financiera, con menos prerrogativas que en el pasado pero todavía con plenas garantías para los capitales bancarios privados. Se sabe ya que el año entrante se van a pagar menos impuestos, que se reajusta el predial y que éste va a fortalecer los fiscos municipales. Se han despejado algunas de las incertidumbres desatadas por los sucesivos craks financieros y por la ausencia de una política económica legitimada por las mismas instancias legislativas del Estado.

Si anteriormente con la propuesta del gobierno sólo íbamos a pagar impuestos realmente las capas medias, ahora resultó que nadie tiene que tributar, al exonerar el Congreso por igual a industriales, financistas, terratenientes y casatenientes, y también a los profesionales. Los impuestos al consumo quedaron casi igual a la propuesta original, así que los trabajadores resultan pagando un poco más al fisco. En el corto plazo tal política tributaria contribuye desigualmente a aumentar el consumo privado de las capas medias, como lo hace pensar la baja de 10 puntos del impuesto a las ventas de autos hasta de 1,300 c.c. de motor y la rebaja de las tarifas del impuesto a la renta, a los salarios y a la retención en la fuente. Por otro lado, no toca un ápice el consumo de lujo y contribuye a bajar un poco el consumo de las masas. En el mediano plazo, sin embargo, el perjudicado va a ser el gasto del Estado que se va a quedar sin con qué hacer promesas, como lo augura el doctor Lleras, con la posible profundización del déficit fiscal y su estructuralización en márgenes del 6 al 8% del producto nacional. Tan sólo si el gobierno toma el curso de falsificar dinero en mayores cantidades a esos límites, podremos ver un gasto fortificado y no sabemos a costa de qué tanto de inflación en el futuro.

La situación de ausencia de reglas de juego financieras y fiscales y el progresivo deterioro de la balanza de pagos, acompañado por las

devaluaciones de nuestros vecinos, aconsejaron a muchos capitalistas expatriar sus capitales a la espera de una fuerte devaluación o a ponerlos a rendir en otros países más seguros. Sin embargo, en junio tal movimiento se detuvo al no producirse la devaluación y al seguir rindiendo el mercado nacional de capitales tasas de interés muy superiores a las que ofrece la banca norteamericana. El dólar negro que alcanzó cotizaciones 40% más altas que el dólar oficial, volvió a colocarse cercanamente a la par del mismo. Tal situación es reflejo de que el capital vuelve a ganar confianza en la economía nacional, pero es al mismo tiempo un retorno a la revaluación del peso y al incentivo a la penetración de mercancías de contrabando, más aún cuando se volvieron a elevar los aranceles y el Gobierno está limitando físicamente las importaciones legales. Al mismo contrabando el Gobierno le hizo pinitos y si bien formó una ola de opinión pública de repudio al trabajo extranjero, no pudo pagar el costo político de eliminarlo, dado sus grandes efectos sociales. Parece también que se reanimó el mercado de la coca y entraron cantidades de dólares blancos. La situación de la balanza de pagos, como se verá más adelante, continúa deteriorándose y es de esperar que se vuelvan a presentar nuevas cargas especulativas contra el peso, más fugas de capital, en la medida en que las reservas internacionales continúen disminuyendo.

En síntesis, la economía colombiana aún no se enruta por un camino de crecimiento, pues continúa cercada por grandes obstáculos. En forma crucial, el déficit externo, si las cosas continúan como hasta mayo del presente año, consumirá todas las reservas internacionales en el curso de un año y esto significaría no sólo limitantes físicos a la producción manufacturera, que se quedará sin muchos bienes intermedios importados (una cuarta parte de las materias primas de la industria eran importadas en 1980, pero algunos sectores como la metalmecánica y la automotriz tienen índices mayores del 50%), sino también fugas masivas de capital nacional y extranjero operando en el país y limitantes aún más serios para la reposición, ampliación y diversificación de la planta industrial existente. Otra seria barrera a la reactivación la constituye un dinero extremadamente caro: los tipos de interés han bajado 5 puntos relativamente al año pasado, pero la diferencia entre una tasa efectiva del 48% a una del 43% no es mucha, obstaculizando en grado sumo la recuperación y aún la puesta en marcha del capital de trabajo necesario para aumentar la utilización de planta. Una tasa de interés real del 23% (que resulta de restarle a la tasa nominal de interés

el alza de precios) es muy superior a la abatida tasa de ganancias actual, y es excesiva aún en tiempos de bonanza. Compárese ésta tasa con la norteamericana, que es de un 7.5% real y que es considerada todavía como elevada. La disparidad no sólo refleja el aún muy libérrimo mercado de dinero colombiano, sino también un grado de explotación tan elevado que permite en ciertos momentos ganancias e intereses, ambas al mismo tiempo, exageradas. Pero ha llegado el momento en que la caída de la producción y la ganancia han afectado la circulación financiera. La morosidad en que incurren multitud de empresas deudoras termina afectando la liquidez de los grandes pulpos financieros. Estos, entonces, claman por una nacionalización encubierta y, claro está, temporal. El Estado *debe* proveerlos de los fondos que perdieron especulando con propiedad accionaria o que sus cuentahabientes retiran ante el riesgo de pérdida o zarpaso. La misma banca oficial se nutre de la desconfianza del público en los financistas aventureros y contribuye a las operaciones de salvamento de los mismos, sin sacarlos definitivamente del privilegiado lugar de intermediación de capitales del que tanto han abusado para concentrar más empresas y poder económico. La desintermediación financiera que resulta de éstas situaciones de inestabilidad es otro elemento que contribuye a elevar ciertas tasas de interés, aunque dota a la banca oficial de mayores recursos que presta a tipos más bajos de los que imperan en el dislocado mercado.

A estos grandes obstáculos se suman las malas perspectivas de recaudo del gobierno para éste año y subsiguientes. El proyecto de presupuesto presentado al Congreso de la República el 20 de julio es prácticamente neutro frente a la inflación, pues aumentaría el gasto público real un 2 ó 3% en comparación al presupuesto de 1982. En éste proyecto el gobierno se propone financiarse con bonos colocados al público en una cuantía de \$60.000 millones, compitiendo así en el mercado de capitales por fondos privados y contribuyendo a mantener una presión alcista sobre las tasas de interés.

Subsisten, por último, fallas crónicas en la oferta de alimentos y en especial de carne de res (éste es uno de los rubros que más han incidido en el alto costo de vida de los últimos 6 meses) que bien puede resultar en esterilizar buena parte de los ingresos adicionales que viene generando esta muy balbuceante reactivación. Vuelve a jugar entonces la revaluación del peso, ahora generada por la inflación interna,

haciendo menos competitiva la muy cara producción nacional. Los altos tipos de interés contribuyen al mismo resultado de mantener artificialmente revaluado el peso hasta que llegue su ansiado despigrore equilibrador que desequilibrará aún más el nivel interno de precios. Pero dejemos de predicar por ahora negros vaticinios y dediquémonos, por un momento, a la filosofía positiva.

La reactivación industrial

Los signos de reactivación se vienen dando en la industria textil y del tabaco que reengancharon a parte de sus obreros parados, y en una expansión más firme de la industria automotriz. La construcción, que debía jalonar a la industria del cemento y a la siderurgia, no ha mostrado el crecimiento entusiasta que tienen los dos millones de aspirantes a las casas sin cuota inicial; sólo 10% hasta junio, sin recuperar el nivel de 1979, pero es de esperar que más adelante tenga cierto poder de arrastre sobre los proveedores de sus insumos.

En los primeros tres casos aludidos es aparente que la limitación a las importaciones, en parte las de contrabando por la temperaria devaluación del peso negro, ha entregado a éstas industrias una mayor porción del mercado interno. Se dice que las grandes textileras recuperaron también algunos mercados de exportación. La sustitución de importaciones legales y de contrabando debe profundizarse en la medida en que el gobierno limite físicamente el trabajo extranjero, reprima el contrabando, y el dólar negro gane en valor. Ya se vió como el dólar negro se equilibró con la cotización oficial a finales de junio cuando se detuvo la carga especulativa contra el peso. Pero la situación actual no tiene visos de estabilidad y más bien la tendencia apunta hacia una nueva devaluación de la divisa negra. La demanda por dólares se incrementará en la medida en que caigan las reservas para atender fugas de capital y las importaciones limitadas por el gobierno, que escogerán la ruta siempre posible del contrabando. Paralelamente, hay reactivación en la actividad coquera y llegan dólares blancos en gran cuantía a Medellín y Bogotá; el precio interno de la coca, se duplicó en los 3 últimos meses.

Una evaluación de la última estadística industrial disponible, a enero de 1983 comparada a enero de 1982, en términos de los sectores más afectados por el desempleo, se muestra a continuación:

	Empleo obrero Enero 83/Enero 82	Producción real Enero 83/Enero 82
Total	-7.95	-0.64
Muebles	-20.4	-6.3 (5)
Industrias diversas	-15.9	11.4
Prod. Metálicos	-14.5	-1.4
Prendas de vestir	-14.5	-7.5 (3)
Textiles	-11.9	-6.3 (5)
Calzado	-11.1	-2.1
Maquinaria y aparatos eléctricos	-9.5	7.6
Papel	-9.4	-16.6 (1)
Vidrio	-9.2	-7.9 (3)
Básicas del hierro	-8.2	-3.0
Tabaco	-5.7	23.4
Maquinaria no eléctrica	-7.6	-13.3 (2)
Equipo transporte	-2.0	6.0
Alimentos	-2.8	-2.3
Plásticos	-1.5	25.3
Imprentas	1.6	4.8

FUENTE: Avance Estadístico DANE.

En términos de producción, la actividad del primer mes del año era solamente 0.64% menor que la de enero de 1982. Sin embargo, el empleo obrero era casi 8% menor. Esto significa, probablemente, que las empresas desengancharon obreros para atender menores pedidos durante todo el año de 1982, cuando la producción descendió un 2.6% pero más que proporcionalmente y recurrieron a aumentos de productividad (esto es especialmente evidente con relación a la automatización del sector textil) y también a horas extras. Nótese, por ejemplo, la estadística para la industria del tabaco: la producción aumentó estruendosamente un 23.4% en el mes, pero el empleo era todavía casi un 6% inferior al del mismo mes un año atrás. En situación similar se encuentran las industrias plásticas (empleo -1.5%, producción +25.3), industrias diversas (empleo -15.9, producción +11.4), maquinaria y aparatos eléctricos (empleo -9.5%, producción +7.6%), equipo de transporte (empleo -2.0%, producción +6.0%). En todas partes el desempleo fue muy superior al descenso de producción. El único sector

que aumentó el empleo, en una cuantía muy pequeña, de toda la industria manufacturera, fue el de imprentas. Sin embargo, los datos de los primeros tres meses del año (El Tiempo, 25 de julio) del mismo Dane revelaron que la producción siguió en descenso para toda la industria manufacturera, —1.4% frente a los primeros tres meses de 1982 y fue especialmente estruendosa para cueros (—18.5%), confecciones (—15.6%) y maquinaria y productos metálicos (—12.0%).

Lo que debemos ahora preguntarnos es si el desplazamiento de las importaciones por producción local es suficiente para copar el 29.5% de la capacidad sin utilizar que tenía la industria manufacturera a fines del año pasado, según Fedesarrollo. Mucha de ésta capacidad productiva, como es el caso de textiles, confecciones y calzado fue construida con miras a la exportación, así que de por sí está sobredimensionada frente a la demanda interna de sus productos. Las exportaciones no tradicionales, según una proyección de la revista *Estrategia Económica y Financiera*, caerán un 30% en 1983 frente al nivel disminuido de 1982. Sin embargo, los registros del Incomex indicaban hasta abril una pérdida de ingresos en dólares sólo 0.75% frente a igual período de 1982, y las textileras grandes han anunciado recuperación de ventas en el exterior durante el mes de junio, aunque no hay que confiarse de los departamentos de relaciones públicas de las empresas.

Como argumentábamos en nuestro anterior ensayo del Cinep, "La recesión colombiana y la política económica" (Documentos Ocasionales No. 10), la demanda de consumo ha sido estructuralmente debilitada por la redistribución salarial observada durante la década pasada y coyunturalmente debilitada por el desenganche masivo. Los elementos que restauran la demanda de consumo se vienen dando pero en forma muy ténue. El aumento de la sustitución de importaciones crea un poco más de empleo, lo cual tiene efectos multiplicadores sobre más industrias y servicios. Un posible aumento de las exportaciones manufactureras reforzará indudablemente éste efecto. Pero como ya se vio, los aumentos de producción sectoriales observados fueron absorbidos más por cambios técnicos, aumentos de productividad y horas extras, que por aumentos de empleo; por el contrario este se profundizó, según el DANE, el desempleo dio un abrupto salto de 3% en junio. Se hace más apremiante, entonces, insistir en una rebaja de la jornada de trabajo y en prohibir las horas extras para restaurar la demanda de consumo en forma estructural. La automatización disponible en toda la

gama de bienes de capital ofrecidos en el mercado mundial, que involucran microprocesadores que elevan vertiginosamente la velocidad de funcionamiento y la precisión de los equipos y que desplazan multitud de tareas humanas, le ha planteado a todas las federaciones sindicales de los países avanzados la inaplazable necesidad de acortar la jornada a 30 y 35 horas a la semana. Estos cambios en la producción en países, hasta hace poco caracterizados por el pleno empleo y la importación de mano de obra barata, ha hecho redundante ya el 12 y el 15% de su población trabajadora. Y todos éstos cambios se vienen introduciendo en la industria colombiana bajo la presión de la competencia internacional. El futuro recesionado para los sindicatos colombianos bien puede ser una cuantiosa sustracción de materia de base si no se reparte mejor la jornada laboral entre un número mayor de trabajadores.

Otro elemento que ha contribuido a restaurar la demanda de consumo, de nuevo en forma muy tenue, es un aumento de los salarios industriales reales de enero de 1983 de un 4,6% frente a enero del año anterior. El aumento parece ser resultado de convenciones pactadas al 25% y aumento del costo de vida del 23%, pero a la vez debe estar influida por la mayor utilización de horas extras. La participación del trabajo en el valor agregado industrial puede haber disminuido aún más, pese al aumento de salario real, por el efecto productividad descrito atrás. Pero el aumento de salarios reales cobijó sólo a los 440.000 trabajadores que quedan laborando en la industria manufacturera. Para el resto de la fuerza de trabajo empleada, cuyos salarios están gobernados por el mínimo fijado por el gobierno, tan solo recuperaron en enero el poder adquisitivo perdido durante 1982 más 1.9% (23.1% de inflación y 25% de aumento del salario mínimo). Lo mismo se aplica a la mayor parte de los empleados públicos a quienes se les aplicó la política de salarios constantes. En todos los estamentos laborales el fondo de salarios sufrió una disminución, en la medida en que hubo despidos en todas las actividades. Para la industria, que fue el mejor de los casos, el fondo de salarios en enero de 1983 era un 3.3% inferior al de un año atrás, al restar desenganche de un 7.9% y aumento de salarios reales de un 4.6%.

La industria, por otra parte, afronta tipos de interés muy elevados en momentos en que su endeudamiento compromete acerca del 70% de sus activos, en lo que respecta a las empresas inscritas en la Bolsa de

Bogotá (*Estrategia Económica y Financiera*, junio de 1983). La situación de éstas empresas se ha deteriorado, en comparación a 1981, pero de 33 listadas solamente 7 obtienen pérdidas nominales cuantiosas. Es aparente que el mayor elemento que afectó la rentabilidad de éstas fueron las cargas financieras. El monto pagado por intereses, se denunciaba recientemente, fue del doble que las utilidades obtenidas por las empresas.

Podemos hacer un ejercicio sobre la distribución para mostrar la profunda distorsión introducida por las políticas de dinero caro sobre la inversión y el consumo. Según el Dane y Fedesarrollo la estructura de costos industriales fue la siguiente:

Estructura de costos industriales
1980

	Distribución porcentual
Consumo intermedio	52.3
Valor agregado	47.7
Remuneración asalariados	15.9
Impuestos indirectos	12.9
Excedente bruto de explotación	18.9

El excedente bruto de explotación comprende fundamentalmente ganancias e intereses, incluyendo también la depreciación del capital fijo. Si hacemos abstracción de éste último y consideramos la información reseñada en una muestra de empresas, los intereses en 1982 fueron más del doble de las utilidades percibidas por los empresarios; tendríamos una distribución del valor agregado en los siguientes términos:

Remuneración asalariados	15.9
Ganancias industriales	6.3
Intereses	12.7

Hay que considerar que en 1982 la rentabilidad descendió verticalmente y que el excedente bruto de explotación disminuyó: esto lo demuestra la succión exagerada que hace la intermediación financiera

sobre una plusvalía industrial disminuida por la presencia de capacidad ociosa, inventarios sin vender y cartera sin recobrar. En todo caso, los rentistas obtienen una parte mayor del excedente que los mismos propietarios del capital y sólo un monto ligeramente menor que lo representado por la nómina total de trabajadores. En estas circunstancias queda eliminada toda posibilidad de inversión, incluyendo aquella destinada a capital de trabajo para hacer un uso mayor de la capacidad inutilizada. Es más, las empresas quedan desprovistas de liquidez en grado sumo y las más afectadas por la recesión dejan de funcionar como capital: entran en quiebra o en concordato, es decir tienen que vender parte o todos sus activos, frecuentemente a precio de chatarra para confrontar sus cargas más apremiantes: en tales arreglos se le da prioridad al cumplimiento de sus obligaciones financieras antes que a las laborales. Otro corolario de esta situación distributiva absurda es que queda debilitada la demanda de consumo corriente, se fortalece el consumo de lujo y los fondos destinados a la especulación, a la adquisición de empresas ilíquidas y a los préstamos usuarios.

Pues bien, éste problema de la intermediación financiera libérrima ha sido confrontado por la administración Betancur a medias. El fondo de democratización de la propiedad accionaria ha sido utilizado hasta el momento para salvar el capital de grupos que especularon tanto por ganar el control de las juntas directivas de bancos y empresas que resultaron mostrando pérdidas cuantiosas. Ciertamente, tales grupos se han debilitado al ganarse la desconfianza de sus cuentahabientes. Pero el gobierno no ha procedido a intervenirlos directamente y nacionalizar sus haberes para garantizar una intermediación financiera racional, sino que ha intentado salvar el lugar privilegiado en la distribución de la liquidez que tales grupos detentan. Hasta el momento la autoridad monetaria no cuenta con las herramientas de control del mercado de préstamos, a pesar de tener soberanía sobre la emisión y el encaje de los bancos. Los mismos estanques de protección a la banca privada, creados por el gobierno, vienen siendo utilizados por ella para devolverle a la banca central los fondos de que disponen y que consideran arriesgado prestar. De ésta manera, continúa la contracción monetaria y las tendencias alcistas de los tipos de interés. La reciente corrida del peso de los capitalista que esperaban una devaluación, restringió aún más la oferta de fondos prestables y fue responsable, en buena medida, del alza de las tasas de captación durante el mes de junio. Como se vio, tal presión quedó diluida con el fin de la carga

especulativa contra el peso, pero las tendencias de la balanza de pagos anuncian nuevas corridas y situaciones de iliquidez interna. Como se puede apreciar, el sistema financiero que surgió con las políticas neoliberales y monetaristas está en contravía radical a la reactivación. Las perspectivas de su reacomodamiento son confusas pero, al fin de cuentas, favorables porque, de hecho, el gobierno ha sido obligado por las circunstancias, y muy en contra de su filosofía, a intervenir cada vez más en los grandes intermediarios financieros. Si el gobierno obtiene una mayor presencia en las juntas directivas de los grandes bancos —aunque bien puede ocurrir que nombre como *sus* representantes a agentes de los grupos financieros— será posible afectar los términos de la actividad de intermediación y presionar masivamente, en varios frentes, la baja del tipo de interés. Si así lo hiciera, le daría un gran respiro a los capitalistas de la industria que tendrían a su disposición más de la liquidez necesaria para financiar el acortamiento de la jornada de trabajo y un volumen mucho mayor de empleo. De ésta manera, la reactivación contaría con los conductos aceitados requeridos para financiar adecuadamente la producción y sus ventas, a la vez que la mejor distribución de la renta nacional mejoraría radicalmente las condiciones de realización o de venta de todas las mercancías producidas. Aún así, subsiste un serio problema en el frente externo que analizamos seguidamente.

El déficit externo se profundiza

En lo que va corrido del año 83, hasta abril, los registros de exportación alcanzaron US\$922 millones, mientras que los de importación sumaron US\$2.037 millones. Si excluimos las importaciones no reembolsables, que son las que traen los inversionistas extranjeros, en su mayoría, y que aparecen eventualmente en la cuenta de servicios como remisión de utilidades y amortización de su capital, y consideramos sólo las reembolsables, las que hay que pagar a muy corto plazo, obtenemos la perspectiva de que las exportaciones sólo financian el 51% de las importaciones. El 49% restante se debe pagar con reservas internacionales que son dólares que sobraron durante años pasados, o con nuevos préstamos internacionales.

Los registros de importación se basan en las licencias de importación y exportación concedidas y generalmente cubren un monto superior a las divisas empleadas, pero son un indicador aceptable para

Registros de exportaciones e importaciones

Rubro	1982	En.-Abr. 83	Proyec. 83	83/82%
Exportaciones	2.825.1	922.7	2.768.1	-2.0
Café	1.614.7	511.1	1.533.3	-5.1
Otras	1.210.4	411.6	1.234.8	2.0
Importaciones	6.094.8	2.037.2	6.111.6	2.7
Reembolsables	5.301.7	1.705.3	5.115.9	-3.5
Servicios				
Ingresos	1.318.0		705.0	-46.5
Egresos	1.933.0		2.164.0	11.9
Déficit comercial	-2.476.6		-2.347.8	-5.5
Déficit total	-3.091.6		-4.802.5	55.2

dar cuenta de las variaciones de año a año. De ésta manera, mientras el déficit comercial disminuye levemente en nuestra proyección, el déficit de la cuenta de servicios, con la erogación de US\$1.400 millones adicionales, hace profundizar el déficit en cuenta corriente en un 55.2%, en comparación al ya muy elevado déficit de 1982.

Anteriormente, hasta 1981, la cuenta de servicios fue ampliamente excedentaria. Fueron los dólares de las bonanzas cafeteras, marimberas y coqueras las que permitieron acumular US\$5.600 millones en reservas hasta mediados del año pasado. Sin embargo, a finales de mayo las reservas se habían situado en US\$4.000 y de seguirse las tendencias de los primeros 4 meses del año, éstas llegarían a cero en junio de 1984. El déficit de servicios se explica entonces por la caída vertical de las entradas del dólar-droga y el pago de los intereses, amortización de capital extranjero y remisión de utilidades que alcanzarán la cifra probable de US\$2.200 millones para 1983. La deuda externa colombiana es de US\$10.000 millones en la actualidad y para pagarla con las exportaciones tan deterioradas, significa de por sí un gran sacrificio para la economía.

Aquí he pintado el peor de los cuadros posibles. Pero en la realidad la situación, aunque grave, no tiene que evolucionar tan rápidamente hacia el consumo de todas las reservas en menos de un año. Por un lado, con bastante tardanza, el gobierno comenzó a restringir las importaciones que considera suntuarias y a limitar mucho más la entrada de bienes producibles en el país, aunque ya se escuchan quejas de sectores que aducen que se les rechazaron licencias para importar bienes intermedios y materias primas que no se producen localmente. Esto puede generar más adelante limitantes físicos a su producción industrial. Por otro lado, el gobierno está buscando más préstamos en el exterior y ha puesto a consideración del Fondo Monetario Internacional sus políticas monetarias y fiscales para demostrarle a los banqueros del sistema imperialista, que se porta bien, es responsable en el manejo interno y será buena paga, por encima de cualquier otra consideración. Sin embargo, la situación crediticia internacional está caracterizada por la cautela, a la espera de la bancarrota de México, Venezuela, Brasil o la Argentina, y tanto los montos que está dispuesta a prestar como las condiciones e intereses son bastante arduas. En todo caso, el endeudamiento en 1.000 o 1.500 millones de dólares postergaría por un tiempo el colapso de las reservas y daría algún tiempo para buscar los ajustes de la balanza de pagos, es decir un aumento de exportaciones y una disminución de importaciones. Un tercer elemento que entra a jugar, es la estrategia del gobierno de atraer al capital extranjero para que aporte divisas de entrada con las que sería posible superar en el corto plazo la caída de las reservas. Se ha llegado hasta el más extremo liberalismo frente al capital imperialista, permitiéndole incluso la entrada al sector financiero, en momentos en que mucha propiedad accionaria está buscando reubicación, en una verdadera feria de pecadillos monetarios. La estrategia puede resultar muy costosa en un mediano y largo plazo, pues el capital extranjero produce utilidades en pesos que él mismo exige poder enviar libremente a sus casas matrices en forma de dólares. Para que tal estrategia resulte, habrá que contar con un gran excedente comercial en el futuro que permita enjuagar tanto los servicios de deuda como de inversión extranjera. Por último, cabe considerar que si la recuperación norteamericana no resbala, las exportaciones colombianas se recuperarán en cantidad y precio, en un término de uno o dos años y que las exportaciones de carbón y níquel contribuirán con algo positivo a las arcas semi-vacías de divisas de la economía colombiana.

Como puede apreciarse, la recuperación norteamericana significó un aumento considerable de las exportaciones a ese país. La revalua-

Exportaciones colombianas Enero-Abril 1982-1983 por grandes zonas

	US\$Fob		
	1982	1983	%
Estados Unidos	223.1	302.1	35.4
CEE	354.6	314.6	-11.3
Aladi (Pacto Andino)	192.5	90.5	-52.9

FUENTE: Incomex.

ción del peso no ha afectado tanto el comercio colombiano con los Estados Unidos como al que se mantiene con la Comunidad Económica Europea, el cual se redujo; y se contrajo además estruendosamente con los países latinoamericanos que devaluaron fuertemente sus monedas. En todo caso, la recuperación del comercio norteamericano no alcanza a compensar la disminución operada con el resto del mundo y éste ha llegado a ocupar una participación relativamente modesta en los últimos años, de menos de una tercera parte de nuestras exportaciones totales. Esto significa que una recuperación norteamericana que no jalone a Europa no será suficiente para arrastrar al muy debilitado capitalismo colombiano, y que éste, de todas maneras debe ajustar su paridad cambiaria frente a esta zona para no seguir perdiendo sus mercados.

Aún con éstas consideraciones semipesimistas (¿semioptimistas?), el efecto de un déficit en cuenta corriente de US\$3.500 millones significa una muy fuerte deflación de la demanda interna. En el sólo frente monetario, el déficit sacaría de circulación \$280.000 millones de pesos. Con relación al producto nacional proyectado para 1983 el déficit interno representaría un 9.4% del mismo, lo cual es francamente alarmante y puede frenar en seco la tenue recuperación sectorial anotada anteriormente. Para contrarrestarlo, el gobierno debería estar dispuesto a soltar gasto deficitario en una cuantía similar y ya sabemos que no logró el apoyo parlamentario liberal para emitir sino por \$77.000 millones. Es curioso que mientras los técnicos liberales keynesianos (ser un liberal keynesiano es un contrasentido porque el keynesianismo se define en su base como intervencionista, pero en el trópico lo racional es irreal y lo irracional es verdadero) clamaban por un déficit fiscal que llenara la contracción de la demanda generada en el frente externo, los

políticos liberales acogieran las consejas de los monetaristas liberales consecuentes con el lema de que el partido liberal es el partido de la moneda sana y limitaran así la capacidad de emisión o de falsificación de dinero del gobierno.

Vale la pena, por último, destacar algunas consecuencias políticas que se derivan de la estrategia de la administración Betancur de buscar el apoyo de la banca internacional y del capital extranjero para sacar adelante la economía de su profundo déficit externo. En primer término, el gobierno perdería soberanía sobre el manejo de su política económica y social y tendría que obedecer las orientaciones ortodoxas en estas materias que siempre ha desplegado el FMI. Si se cree que, por fin, estamos respirando por fuera de la madeja neoliberal y monetarista, las ataduras que se está autoimponiendo el gobierno conducirán, especialmente si el déficit persiste, a que tenga que ejecutar políticas de estricto control monetario, altísimos tipos de interés, reducir drásticamente los salarios y liberar las importaciones. Las exportaciones, en la filosofía del FMI, deben ser incentivadas por una tasa de cambio devaluada en la medida necesaria, sin recurrir a incentivos fiscales. Sólo la devaluación masiva, según ellos, generará el equilibrio real de la economía, como los CAT o los CERTS.

El déficit fiscal tiene que ser fuertemente reducido, los servicios públicos deben dar grandes utilidades que paguen los consumidores y así sucesivamente. En segundo término, tal estrategia no garantiza la desaparición del déficit y antes por el contrario la presencia de más capital extranjero puede conducir a exacerbarlo. El endeudamiento es un paliativo a un desequilibrio muy grave que escapa a la acción de las políticas nacionales y que deben ser amortizados más adelante, aumentados con tipos de interés del 12% o más.

Tenemos, pues, por delante una situación bastante confusa en materia de la reactivación de la economía colombiana. Los síntomas de recuperación observados son aún muy tenues y están siendo asechados por el dinero caro, la desquiciada distribución de la riqueza nacional y por el gigantesco déficit externo. En últimas, como buen país dependiente, el curso de la reactivación dependerá en gran medida de la recuperación de la economía norteamericana y de que ésta pueda arrastrar tras de sí al capitalismo mundial, incluyendo, claro está, al nuestro.